

Afecto, lenguaje, comunicación: los cabos sueltos

Max Hernández

En un Congreso cuyo tema central es “El afecto en la teoría y práctica psicoanalítica”, la constelación temática propuesta por el Comité de Programa para la sesión del jueves exige plantearse una cuestión previa. ¿Se espera que en ese día el Congreso discuta tres aspectos –discernibles y separables– de la teoría psicoanalítica, o se quiere, más bien, poner sobre el tapete la arquitectura de las relaciones estructurales que vinculan el afecto al lenguaje y el modo en que esto se comunica? Si se tratase de lo segundo se podría empezar por buscar un título que convenga a la ponencia. “La comunicación de los afectos a través del lenguaje” o, quizás, “El lenguaje y la modulación de los afectos: una indagación psicoanalítica” o, tal vez, “Más allá del lenguaje: la comunicación de los afectos”. Si, como dicen los clásicos, el título es catáfora del texto, se estaría anticipando un mundo de diferencias. Está demás decirlo, hoy el psicoanálisis no se expresa de manera unívoca.

I

Tal vez convenga empezar por referirse al lenguaje en tanto y en cuanto contribuyó a la implantación del orden moderno. Enraizado en el suelo de la modernidad, el psicoanálisis cuestionó, en no poca medida, sus fundamentos. Trajo consigo la acentuación de la sospecha de que se había abierto un desgarramiento entre las palabras y lo que pretendían nombrar. Así, la sospecha que acosaba sin cesar a la conciencia moderna, devino en un convencimiento radical. También trajo a la luz evidencias clínicas que

permitieron trabajar de manera sistemática la intuición que tuvo Hegel acerca de la doble propiedad de la boca, a la vez el órgano de la ingesta de alimentos y el que hace posible el lenguaje; y de su doble función, la que corresponde a la digestión y la que se vincula a la ideación (Schwartz, A., 1996).

La radicalización del desgarró, por una parte, y la inclusión de la corporeidad en el centro mismo de la actividad psíquica productora del lenguaje, por otra, hizo patente el descentramiento del sujeto con respecto a la palabra. El psicoanálisis responde a dicha excentricidad, registra la precariedad de tal inserción y discurre en lo paradójico de esa condición. Entre el sujeto y el lenguaje permanece un resto que no permite la plena expresión de lo que ocurre en la intimidad y se interpone una distancia que no deja que coincida con su función social.

Riccardo Steiner (1989) ha estudiado el uso que hizo Freud de los conocimientos filológicos de su tiempo. Las cartas dirigidas a Fliess (Masson, 1985) muestran a las claras el tránsito de la neurología al psicoanálisis, por la vía de la filología, que signó los momentos fundacionales del psicoanálisis. Enumerar las obras que tienen al lenguaje como tema capital implicaría citar casi toda la producción freudiana. En breve recuento resaltan las referencias a la representación de palabra y representación de cosa en *La interpretación de los sueños*; la exploración de la retórica del chiste y su relación con lo inconciente; las indagaciones en los mecanismos subyacentes a los lapsus y a los olvidos de palabras; los comentarios sobre el sentido antitético de las palabras primitivas; la serie de artículos en los cuales se describe cómo el niño elabora teorías, urde tramas noveladas, teje ensueños, se ensimisma en fantasías y ciñe su vocabulario moral a la dimensión esfinteriana; las descripciones de los fenómenos de la transferencia mediante alusiones metafóricas de clara estirpe lingüística; las menciones a la omnipotencia de las palabras y al significado del lenguaje en la evolución de la humanidad; la discusión de los orígenes sexuales de los sonidos primitivos del habla y el lenguaje; o el *tour de force* lingüístico que representa tanto la tercera sección del caso Schreber como el ensayo sobre la negación (Freud, 1900, 1905, 1908a, 1908b, 1908c, 1909a, 1909b, 1910, 1912, 1913a, 1913b, 1914a, 1925, 1939).

La reflexión psicoanalítica sobre el lenguaje ha continuado aportando hallazgos y abriendo perspectivas. Recuértese el tra-

bajo de John Rickman sobre las citas (1929) y el de Ella Sharpe (1940) sobre la relación entre el uso de las metáforas y el control de las funciones corporales; los de Luisa Alvarez de Toledo (1954), Marion Milner (1955) y Charles Rycroft (1956) sobre el valor y el sentido de las palabras en el proceso analítico; los de Roy Schaffer (1976) acerca de un “lenguaje de acción” y de D. Spence (1982) sobre la verdad histórica y la verdad narrativa; las relaciones entre lengua y pecho maternos estudiadas por Anzieu (1985); los de Mahony (1989) en torno al discurso psicoanalítico; el de Padel (1988) acerca de las relaciones entre el psicoanálisis y la crítica literaria; el de J. Amati-Mehler et al. (1990) sobre las diferencias entre el poliglótismo y el polilingüismo, y el de Pérez Foster (1996) sobre los efectos del bilingüismo en la identidad. Ellos señalan puntos de relieve en una reflexión extendida a lo largo de la historia de la disciplina psicoanalítica.

Fueron particularmente los *insights* en torno a la relación entre los deseos inconscientes y el lenguaje, por una parte, y la dimensión dialógica de la práctica clínica psicoanalítica, por otra, los que más incidieron en la reflexión de los estudiosos del lenguaje. También los estudios lingüísticos hicieron sentir sus efectos en la reflexión psicoanalítica. Basta citar los nombres de Saussure, Jakobson, Boas, Peirce y Morris, para dar una idea de su importancia. En este punto, hay que mencionar el impacto producido en los años en que el estructuralismo llegó a su auge y gravitó sobre la reflexión intelectual europea. La obra teórica de Jacques Lacan (1966) es el testimonio más importante de esta circunstancia.

No resulta infrecuente escuchar argumentos –en clave postestructuralista– que sostienen que, puesto que Freud no había basado su teoría en la lingüística saussuriana, toda su conceptualización se inscribió en el horizonte tardío y limitado del episteme victoriano. Además, se dice, tal inscripción correspondería a una *Weltanschauung* impregnada por el racionalismo instrumental. Contra estos dos aspectos se han dirigido las críticas de algunos textos desconstruccionistas. Si bien hay más de un punto que reclama nuestra atención y llama a reflexión, es necesario tomar en cuenta que las subyace un tipo de ideología que puede tener como efecto la atenuación de la verdad, el socavamiento de la autonomía y la responsabilidad personal y el dislocamiento de la historia biográfica.

Si el llamado “giro lingüístico” –tan vinculado a la enseñanza de Lacan– tuvo por virtud poner en relieve que el lenguaje es a la vez un asunto capital en la formulación teórica del análisis y el medio indispensable para su puesta en práctica, la exclusividad o, mejor aún, la exasperada intransigencia con la que se trataron los temas del lenguaje y la significación en todas sus variantes, terminó por sesgar hacia un cauce unidimensional la reflexión teórica, la práctica y la escritura del psicoanálisis por él influido.

Se ha señalado el itinerario intelectual de Freud en lo que al lenguaje se refiere. Al recorrer el camino freudiano en el sentido inverso para abordar la construcción psicoanalítica a través del andamiaje lingüístico, se intentó replantear las bases de la misma. Si bien los resultados de tal práctica teórica son de interés, el “proyecto de fundamentación lingüística del psicoanálisis” tiene bases poco estables: el lenguaje verbal es un fenómeno secundario sea que se lo considere en términos históricos, topográficos o económicos (Laplanche, 1989).

Se llega así a un punto en el que es ineludible enfrentar un asunto capital. ¿Cuál es el significado de la palabra lenguaje y, específicamente, cuál es su significado para el psicoanálisis? El término lenguaje circunscribe un campo altamente problemático para quienes lo investigan. La lingüística está atravesada por afirmaciones y opiniones tan discordantes que se podría decir que el término “lenguaje” abarca cualquier aspecto del mismo que sea definido por los lingüistas como su objeto de estudio. Esto se hace patente en la más sumaria de las revisiones. En cuanto al significado que el término tiene en el mundo psicoanalítico, el asunto va más allá de los ámbitos metodológico y terminológico. Las ideas que se tienen en torno al “lenguaje” se enfrentan a una realidad incontrovertible: no sólo hablamos diversos lenguajes psicoanalíticos, “habitamos mundos distintos y estamos hablando de diferentes objetos metafísicos que nuestro uso del lenguaje ha ido creando” (Home, 1966, p. 46).

Para el analista en ejercicio, el aspecto particularmente importante del lenguaje es el referido a la expresión hablada. Las asociaciones libres ponen de manifiesto cómo la relación entre habla y lengua puede reflejar la relación entre los aspectos concientes y la realidad psíquica. Una reflexión sobre el lenguaje pone a la interpretación (*Deutung*) en un lugar prioritario en la agenda teórica. Lleva al estudio de los fundamentos conceptuales

en que se basa la elucidación del síntoma por la vía de la verbalización de su sentido inconciente. Esta vertiente del trabajo psicoanalítico, desde la cual el desciframiento de los derivados de lo inconciente abre el camino a la resolución del conflicto psíquico, ha llevado a plantear la necesidad de una semiótica en la que los signos lingüísticos actúen como articuladores entre el sujeto y el objeto. Utilizando en sus trabajos sobre literatura el concepto –de inspiración formalista– de “lenguaje poético”, Julia Kristeva (1980) encuentra que, a través de los aspectos musicales, rítmicos y tonales del lenguaje, se tiene acceso a una dimensión heterogénea de sentido. Referido al lenguaje hablado, se trataría de un sentido que, por lo demás, parece eludir al hablante.

Si se pusiera a contraluz el concepto de represión primaria con los de representación de cosa y representación de palabra, no se vería como demasiado forzado hacer coincidir el momento teórico de la represión primaria con el momento en el que la representación de palabra adquiere primacía sobre la representación de cosa (Hernández, 1993). Sin embargo, es necesario insistir en la importancia del universo prelingüístico muchas veces opacado por la violencia de una interpretación excesivamente regida por las coordenadas lingüísticas. Una quebrada gramática del ser puede ocultarse bajo un uso exquisito de las reglas del lenguaje (Bollas 1989, 1992; Lorenzer, 1970). La relación entre ambas “gramáticas” es de capital importancia si se quiere explorar la significación teórica de la reflexión contemporánea sobre el lenguaje, la representación y las categorías del pensamiento crítico.

Referirse al lenguaje implica, necesariamente, referirse al tema de la representación. Todo cuanto a él concierne está atravesado por problemas. Desprendido de la noción de mimesis, que lo vinculaba al poder de la ilusión (Moxey, 1994), la ambigüedad misma del término ha saltado al primer plano. Por un lado, la “representación” toma el lugar de la realidad representada y, por ende, evoca la ausencia; por otro, al hacer visible la realidad representada sugiere la presencia... y viceversa (Ginzburg, 1998). Además, las instancias en las que, de manera reversible y alterna, la representación como signo da paso al signo como representación, reclaman cada vez mayor atención (Marin, 1986).

En lo que atañe a los aspectos teóricos más próximos a la experiencia clínica, basta con reflexionar acerca de algunas circunstancias que plantean interrogantes para cuya elucidación es necesario recurrir a elementos conceptuales del campo de los afectos. Por ejemplo, cuando las palabras más que representar, parecen acarrear un sentido concreto o, cuando, como es el caso del trauma, surge el asunto puesto en relieve en las discusiones contemporáneas que postulan el registro “literal” de la experiencia traumática (Caruth, 1995, 1996; Laub, 1993), o lo que ocurre con los síntomas no representables en la mente y confinados al cuerpo para los que el lenguaje no parece tener uso, sobre los cuales Green (1993), al discutir el trabajo de lo negativo, ha llamado la atención.

II

En lo que se refiere a los afectos, es necesario recordar, en primer lugar, que Freud jamás abandonó su convencimiento de que el paralelismo que establecía entre sus ideas y las ideas de Fechner en el campo de la física iba más allá de una mera analogía. Los resultados de su trabajo clínico eran “una prueba concreta de que su conceptualización sobre el aparato mental y la energía era en esencia de la misma naturaleza que la de Helmholtz y de Fechner acerca de la energía física” (Zilboorg, 1959, p. xxviii-xxix). Puede decirse que Freud fue un pionero de la investigación de la relación entre los estados emocionales y las modificaciones subyacentes de las cantidades de excitación (Solms, 1997). Esto, que según algunos da testimonio del *ethos* científico del fundador del psicoanálisis, es para otros una instancia de la maraña de preconceitos y prejuicios neurofisiológicos de los cuales nunca pudo sacudirse.

En el uso corriente, las palabras afecto y emoción se emplean indistintamente. Hay quienes prefieren usar la palabra emoción para referirse a los sentimientos cuando éstos son percibidos. Sin embargo, es más frecuente el uso del término afecto para referirse al aspecto fluctuante y subjetivo de la emoción; es decir, con la palabra afecto se designa la tonalidad del sentimiento [feeling] que acompaña una idea o representación mental. El término afecto puede tener “un valor puramente descriptivo, designando

la resonancia emocional de una experiencia por lo general intensa. Pero con mayor frecuencia, tal concepto implica una teoría cuantitativa de las catexis que es la única capaz de explicar la autonomía del afecto en relación con sus diversas manifestaciones” (Laplanche y Pontalis, 1967). Este es el sentido del término *Affektbetrag* (Freud, 1915a; Fenichel, 1945). Si, como se tiende a pensar, la experiencia emocional es excitada por la percepción de un objeto, es esta carga la que se expresa en el cuerpo como una tonalidad emocional [emotional feeling]. En ese sentido, los afectos son los derivados más directos de los instintos y los representantes psíquicos de los varios cambios corporales con los que las pulsiones se manifiestan¹. Cuando no se tiene evidencia directa de los cambios somáticos, se habla de “estados de sentimiento” [feeling states] (Joffe & Sandler, 1968).

Una consecuencia de esta manera de relacionar el fluctuante universo de los afectos con las variaciones cuantitativas del aparato psíquico es el restringido vocabulario con que se hace referencia a las emociones. Éste parece estar circunscrito a unas cuantas variaciones en torno al continuo ansiedad-pánico y a las oscilaciones entre la depresión y la manía. Sin embargo, si nos referimos sólo al idioma castellano, encontramos más de trescientas palabras para describir afectos (Marina, 1997). Es cierto que el vasto número de palabras utilizado para describir las varias experiencias afectivas “representa un desafío a nuestra capacidad de sistematizar nuestra experiencia clínica” (Arlow, 1977, p. 159). Es por ello que reconocemos la existencia de diversos tipos de angustia: “señal, primaria, de castración, de separación, paranoide, depresiva, neurótica y psicótica” (Limentani, 1977, p. 172)². La angustia parece ser el afecto menos falaz. Existen, pues, razones para que la “angustia” sea el término emblemático en lo que concierne a toda referencia conceptual, teórica o clínica (Vergine, 1991).

Ahora bien, el modelo no está exento de problemas. Uno gira en torno a la pregunta acerca de la existencia de afectos in-

¹ Los afectos y los estados desiderativos tienen en común el que en ambos está implicado un aumento cuantitativo de tensión.

² Estos, sin embargo, no configuran un continuo entre la angustia señal y la angustia traumática. La angustia señal, al activar funciones yoicas apropiadas o no, podría abrir paso a un abanico de sentimientos.

concientes, planteada por Freud en sus escritos metapsicológicos (1915a). Otro, proviene de la dificultad implícita en cualquier intento de calibrar variaciones cualitativas utilizando indicadores cuantitativos. Además, dado que el evitamiento del dolor desempeña un papel principal en la economía de la angustia, se suelen establecer falsas conexiones entre los afectos, las ideas y otras formaciones psíquicas a las que éstos no corresponden en primer lugar y que por lo tanto encubren su origen y sentido. Por otra parte, “en los procesos afectivos, se encuentran activas cuando menos dos tendencias directamente en conflicto: [en el ejemplo citado] por una parte, el deseo de llamar la atención y, por la otra, el deseo de ocultarse” (Landauer, 1938, p. 390). En la práctica clínica se ve cómo las pulsiones dan lugar a “emociones, esperanzas, miedos, conflictos, comportamientos y acciones y podemos observar procesos como la transformación de un deseo inconciente en miedo conciente, o un odio inconciente en un amor conciente exagerado” (Heimann, 1988, p. 48). Como si esto no bastara, el tema del afecto está afectado por el cuestionamiento de los códigos que marcan las diferencias de género.

Se alude con frecuencia a las limitaciones del lenguaje verbal en lo que respecta a dar cuenta de movimientos afectivos que apenas si alcanzan a estar en disposición de ser pensados. En tales casos, someterlos al lenguaje distorsionaría lo que hay de único en la vivencia (Ogden, 1989). En el caso de los testimonios de las personas que han sobrevivido situaciones traumáticas, lo que más impresiona al testigo es cómo la experiencia traumática puede obliterar el repertorio emocional de la persona; éste queda limitado a un conjunto de fórmulas meramente descriptivas. Esto no ocurre, nos dice Semprún, un sobreviviente de Buchenwald, porque “la experiencia vivida sea indecible. Ha sido invivible, algo del todo diferente, como se comprende sin dificultad. Algo que no atañe a la forma de un relato posible, sino a su sustancia” (Semprún, 1997, p. 25). En el desarrollo de la teoría psicoanalítica, la radicalidad de la experiencia traumática queda atenuada en la secuencia: situación traumática-desamparo-angustia automática-angustia señal, en la que “la operación del aspecto económico disminuye por grados hasta casi desaparecer o se hace casi metafórica cuando llegamos al nivel de las tensiones interestructurales (miedo de perder el amor del superyó por ejemplo)” (Baranger, W., M. Baranger y J. M. Mom, 1988).

El interés de Freud en los “signos de sufrimiento subjetivo” (1920) en sus pacientes o su preocupación de larga data por la descripción precisa de la ansiedad, el miedo y el terror (1920, 1926) ve su continuación en la obra de Ferenczi (1950) así como en la de Franz Alexander (1946) que, en su momento, abrieron cauces a rumbos alternativos. El tema, recurrente bajo diversas formas, de la experiencia emocional correctiva y su relación con el *insight*, discurre por ellos. También es pertinente recordar que las diferencias entre la necesidad inconciente de castigo y el sentimiento inconciente de culpa no fueron establecidas sino luego de un largo periplo. Cabe recordar el trabajo pionero de Nunberg (1927), cuyo valor se hace evidente a la luz de las elaboraciones de la escuela kleiniana en torno a las posiciones esquizoparanoide y depresiva (Klein, 1935, 1946).

Desde la perspectiva de las relaciones de objeto, el registro de las variaciones afectivas relacionadas con las vicisitudes de los objetos internos depende de la manera de entender los aspectos concretos y corpóreos de los mismos tal como fueran concebidos por Melanie Klein (1935) en su primera época. Con el tiempo, y en virtud de las diferentes definiciones de fantasía (King & Steiner, 1991; Hinshelwood, 1996) sus planteamientos han sufrido ciertas modificaciones (Spillius, 1988). Winnicott, por su parte, define en un primer momento la palabra psique como la “elaboración imaginativa de las partes, sentimientos y funciones somáticas” (1949, p. 244), es decir, lo que hace que el individuo llegue a sentir al cuerpo como la base de su ser imaginativo. Posteriormente, se refiere al “apostentamiento” (*indwelling*) de la psique en el cuerpo (Winnicott, 1964).

Algunas investigaciones del desarrollo infantil se han aproximado al estudio del afecto en el contexto de la experiencia del infante (Bowlby, 1973, 1980) y han intentado indagar acerca del tiempo actual de la experiencia afectiva presente, es decir, la experiencia en el momento de ser vivida; de la memoria de dicha experiencia; y de la representación de la misma o de experiencias similares (Stern, 1985). Estas investigaciones y las formulaciones de Gaddini (1980, 1984) acerca de fantasías primitivas apriadas en el circuito somático que no han logrado su acceso a la representación mental y la distinción que efectúa entre los usos que la mente infantil hace del funcionamiento oral temprano: uno sensorial que responde a las necesidades del *self* y otro propia-

mente oral, ligado a las relaciones objetales, permiten establecer distinciones descriptivas y teóricas importantes. Basta pensar en los casos en los que la “rabia narcisista” o algún tipo de dolor narcisista no susceptible de elaboración psíquica [working over] y menos aún de ser sometido a un trabajo elaborativo [working through], es transformado en excitación sexual de manera que la descarga resulta posible (Chasseguet-Smirgel, 1988). Las ideas de Chiozza (1980) en torno a las disposiciones afectivas muestran su utilidad en este punto.

Bollas (1989, 1992) ha sostenido que el infante aprende la gramática de su ser antes de aprender las reglas del lenguaje. Es, a mi manera de ver, un señalamiento certero, que no debe hacer perder de vista las complejas relaciones entre la “gramática del self” –cuyo efecto sería el de articular los afectos–, y la gramática del lenguaje. Se podría pensar que la reflexión teórica sobre los problemas que presenta el trabajo clínico con las patologías psicósomática, esquizoide y borderline se juega en la tensión entre una preocupación de raigambre fenomenológica por el yo corporal y el análisis estructuralista del signo.

Una breve referencia al concepto de alexitimia puede servir para poner en relieve algunos puntos contenciosos. La palabra fue propuesta por Sifneos (1967) para describir un modo de definir las emociones sólo en términos de sensaciones somáticas o de reacciones del comportamiento. Dentro de tal modalidad emocional, frecuente en los pacientes bulímicos, las emociones no parecen estar referidas a ideas. Es como si quienes la sufren no tuvieran noción alguna del significado de la palabra sentimiento. Tanto la palabra como el concepto llevan a una comprensión del síntoma en términos tales que fragmentan la experiencia. Apelar a la ausencia de ciertas funciones yoicas o a la actividad de defensas yoicas primitivas termina por reflejar la propia situación de ocultamiento y distorsión de la experiencia conciente del afecto.

En lo que se refiere a los problemas teóricos derivados de la práctica clínica y a los referidos a la teoría de la técnica, es sabido que los afectos sentidos por el analizando a lo largo del proceso parecen dar sustancia de realidad a la apariencia con la que se está presentando una reproducción del pasado. Por ello, un punto de la mayor importancia está dado por la tonalidad afectiva de la transferencia. A mi entender, ésta es más accesible desde un

marco teórico de relaciones objetales que incluya la empatía como parte esencial del instrumento analítico del clínico. Los llamados estados mentales que acompañan a las creencias, los deseos, las necesidades y las fantasías implican situaciones afectivas en las que la vergüenza, la ansiedad o los sentimientos de culpa son prominentes.

La tonalidad afectiva de la transferencia abre la posibilidad de observar las múltiples identificaciones y permite examinar las posibles oscilaciones e inversiones de los factores causales que influyen en el proceso analítico. Rosolato (1978) ha puesto en relieve que la voz es el puente que une y filtra las relaciones entre el cuerpo y la palabra. Pero también queda abierta la pregunta acerca de si la voz y lo que dice proviene de algún objeto interno. En este sentido, es menester estar atentos a las identificaciones proyectivas. La presencia del dolor psíquico puede marcar importantes inflexiones en el proceso analítico. En el marco de la teoría de la técnica, los afectos evocan una constelación de funciones del analista: calibrar la contratransferencia, sostener, y contener: es decir, el *holding* del espacio afectivo (Giannakoulas, 1991). El *reverie*, como elaboración de la preocupación materna primaria, hace posible que aquello que elude el sujeto y el analista capta en su registro afectivo pueda ser incluido.

El supuesto de una variación cuantitativa puede inducir a una lectura lineal y unívoca. La relación entre pulsiones y afectos es tan paradójica como lo es la noción de pulsión. La pulsión fue definida por Freud como un concepto de frontera, sólo en ese sentido constituye “una medida de la demanda hecha a la mente para trabajar en consecuencia de su conexión con el cuerpo” (Freud, 1915b, p. 122). No siempre se ha tomado en cuenta el rechazo de Freud a toda disyunción del concepto de pulsión; en parte, el hecho —señalado por Limentani— de que en lo que se refiere al afecto “no hay dos teorías que estén de acuerdo”, se debe a que se parte de posiciones unilaterales (1977, p. 171). Es imprescindible, entonces, al enfrentar el tema de la forma de representación de los afectos hacer hincapié en el aparente pleonismo freudiano al proponer la noción del representante-representativo (*Vorstellung-Räpresentanz*). Ricoeur señaló hace algún tiempo que la palabra *Entstellung* recoge en su cauce elementos de una doble vertiente pues “la sobredeterminación propuesta en el lenguaje de la significación es la contraparte de los

procesos planteados en el lenguaje de la fuerza” (1970, pp. 93-94).

La concepción metapsicológica de la teoría de los afectos expuesta por Green a lo largo de una serie de trabajos escritos a partir del presentado en el Congreso de Lenguas Romances (1970, 1973, 1977), pone de manifiesto las dificultades conceptuales de la teoría psicoanalítica a través de la cuales su rigurosa exposición transita. Green explora en particular las relaciones entre el ámbito de las representaciones y el campo del afecto. Éstas, no son concebidas por él en términos antitéticos. La discusión de las diversas modalidades de simbolización correspondientes al afecto, por un lado, y a las representaciones, muy particularmente las del lenguaje, por otro, es de singular pertinencia. Estas modalidades coexisten en simultáneo y están en permanente proceso de transformación.

Adamo Vergine (1991), al presentar los trabajos expuestos en el Congreso de la Sociedad Psicoanalítica Italiana dedicado al tema de los afectos, hace una revisión del mismo en la que sitúa en contexto histórico la atención cada vez mayor a los aspectos precoces de la organización mental. También él considera la importancia del afecto en tanto que índice de una modalidad transformativa que permite al sujeto cobrar conciencia de las experiencias más profundas de relación con el mundo, los objetos, el cuerpo y el *self*, y que permite confrontar la percepción del contexto con la cualidad de la relación.

El tono afectivo configura una unidad inmediata de experiencia. Dicho de otro modo, la experiencia constituye el clima de sensibilidad primaria en el que se conjugan las sensaciones y los contenidos del psiquismo. La interesante elaboración acerca de la metapsicología de la experiencia propuesta por Opatow (1989) da cuenta del papel crucial de la misma. Es en ella y a través de ella que se elaboran las transformaciones psíquicas. El lugar central de la experiencia en el quehacer clínico es el correlato de la importancia teórica que tiene la coincidencia de los conceptos de significación y de fuerza en *La interpretación de los sueños*, sobre la que ha insistido Ricoeur (1970). Sin embargo, es preciso señalar que el problema de la retranscripción de la experiencia en el aparato psíquico y las implicaciones del *après-coup* se yerguen como obstáculos frente a una comprensión puramente fenomenológica.

III

En cuanto a la comunicación, se podría tomar como punto de partida la conocida recomendación freudiana por la que se insta al analista a “dirigir su propio inconciente como un órgano receptivo hacia el inconciente transmisor del paciente...[y] adecuar[se] al paciente como un receptor telefónico ajustado al micrófono transmisor” (Freud, 1912, pp. 115-116). Ya anteriormente, en su carta del 15 de octubre de 1897 (Masson, p. 272), Freud había aludido al caso de Shakespeare cuyo “inconciente comprendió el inconciente de su héroe”. En los trabajos referidos al arte y la literatura, el interés interpretativo de Freud estaba menos centrado en asignar significados que en dar cuenta de porqué el lector o espectador había sido ‘tan poderosamente afectado’ (Hertz, 1997). En esta misma línea se sitúa la afirmación de que el objetivo del artista es “despertar en nosotros la misma actitud emocional, la misma constelación emocional, que en él produjo el ímpetu hacia la creación” (Freud, 1914b, p. 212).

Las investigaciones acerca de la primera infancia (Lichtenberg, 1983; Stern, 1985) parecen mostrar cómo, desde los primeros momentos, el neonato ‘comunica’ su disponibilidad a la interacción, aun cuando tal vez sea más exacto decir que es la madre quien toma las expresiones del infante como comunicaciones³. A la semana, el contacto visual permite a la madre contar con un modelo coherente de respuestas compartidas. Sobre esa base, las comunicaciones verbales y no verbales de la madre llegan a constituir los ‘juegos’ de conversación (Stern, 1985). En el marco de una constante interacción, la sintonía (*attunement*) permite que los gestos indicativos y otras formas de lenguaje corporal, tales como las vocalizaciones no verbales, las expresiones del reconocimiento de las voces y tonos de las personas del entorno, la gradual comprensión de las señales verbales y, por último, la verbalización se desplieguen a partir de una infraestructura de contacto empático profundo que puede corresponder a la preocupación materna primaria (Winnicott, 1956) y a la capacidad materna para el *reverie* que sería “el órgano receptor de la cosecha de sensaciones de sí recogidas por el infante en su

³ Lebovici (1981) utiliza la expresión ‘baño de afectos’ cuando se refiere a la atmósfera que envuelve y da sentido a las interacciones entre el bebé y la madre.

conciencia” [“(The mother’s capacity for reverie is) the receptor organ for the infant’s harvest of self-sensation gained by its conscious”] (Bion, 1962, p. 116).

Iniciando una reflexión que buscaba articular una perspectiva multidisciplinaria, Liberman partió de la teoría de la comunicación para aproximarse a la semiología de Charles Morris (Liberman, 1962, 1972-73). A lo largo de su obra, los planteamientos sobre los estilos comunicativos de los pacientes y los referidos a la complementareidad estilística dan cuenta de la impronta semiótica que marca su comprensión de la dinámica transferencia/contratransferencia en el marco de una situación comunicativa. La definición del encuadre psicoanalítico en tales términos, permite ver con claridad ciertos desplazamientos en el énfasis, puesto alternativamente en el emisor, en el receptor o en el mensaje. Se podría situar las diversas perspectivas que se disputan la hegemonía en el análisis contemporáneo en los tres vértices del triángulo así delineado.

Así, la atención de quienes parten de una perspectiva unipersonal (lo que los británicos denominan “one-body psychology”) tiende a estar puesta en el vértice correspondiente al emisor. Si se asume una concepción monádica del aparato psíquico, el analizando emite información acerca de su condición intrapsíquica. Ahora bien, a partir del trabajo de Kohut (1959) se ha dado una creciente importancia a la noción de empatía entendida como “introspección vicaria”. No es éste el lugar para discutir la pertinencia de la propuesta total de Kohut de dar a la empatía el rol *princeps* como método de observación y de recolección de datos y un lugar central y definitorio en el psicoanálisis. Lo que es importante para el tema en discusión es que la empatía ofrece una vía privilegiada de acceso a las experiencias subjetivas del paciente.

Otro de los vértices, el del receptor, concita el interés de quienes exploran la función del analista. Un largo camino va desde la formulación clásica a los trabajos pioneros de Heimann (1950, 1988) y Racker (1960). En ellos, el concepto de contratransferencia fue ampliado. De ese modo, se dio lugar al uso de los sentimientos del analista como fuente de información acerca del paciente. Más que una ampliación, ello implicaba un “nuevo uso” del concepto de identificación proyectiva (Yorke, 1991). Así ampliado, fue adoptado de inmediato y sirvió de base a

construcciones posteriores. A la larga, se fue aceptando que cualquier sentimiento que el analista no consideraba como propio fuera considerado como si hubiera sido implantado por el paciente. Esto difiere de aquello que Pearl King (1978) denomina “una contrarrespuesta” que el analista debe calibrar pero que no es equivalente a la contratransferencia en cualquiera de sus sentidos. La discusión sobre el tema tuvo un punto de inflexión cuando Sandler (1976) llamó la atención sobre su relación con las respuestas del analista a los roles que el analizando trata de poner en práctica.

El vértice correspondiente al mensaje convoca a quienes analizan la condición comunicativa de las asociaciones; a quienes ponen énfasis en la condición dialógica del proceso analítico y favorecen una visión bipersonal del mismo (“two-body psychology”); a quienes, como el grupo en torno a la revista *Psicoanálisis de las configuraciones vinculares* de Buenos Aires centran su interés en el estudio de los vínculos; y a quienes sostienen que el mensaje se configura en el encuentro de las asociaciones libres del paciente y la atención libremente flotante del analista y permite por lo tanto captar a la vez los fenómenos intrapsíquicos del analizando cuanto las dimensiones propias de la relación (Mitchell, 1988; Ellman & Moskowitz, 1998).

Por otra parte, el lugar que ocupa el analista en la situación analítica determina que oscile permanentemente entre una perspectiva –que podría ser calificada como algo desprendida– desde la que observa y se observa desde el punto de vista del tercero y otra, en primera persona, más comprometida, desde la que capta la circunstancia desde dentro, por así decirlo. El problema radica en que no sólo no es posible eximirse por completo de cualquiera de ellas, sino que tampoco es fácil integrarlas a manera de la visión binocular.

El estudio de los sutiles procesos que acaecen en la relación analítica abre un horizonte de preguntas que exceden largamente los aspectos puramente técnicos del tema. J. Steiner (1993), distingue entre las interpretaciones centradas en el paciente y las interpretaciones centradas en el analista. A partir de la idea de que en condiciones patológicas la situación analítica es simbiótica y de la noción de la fantasía compartida de la pareja, W. y M. Baranger (1969) desarrollaron su definición de la situación analítica como un campo de interacción y observación participante.

Estos asuntos cobran mayor importancia cuando la discusión de una noción clave, como es la de realidad psíquica, ha puesto a las claras la pluralidad contradictoria y confusa del ámbito teórico que parece circunscribir (la más somera revisión de los trabajos presentados en el 39° Congreso [*Int. J. Psycho-Anal.*, 1995 vol. 76] lo confirma) o, cuando, en el plano más cercano a la práctica, observamos las dificultades para llegar a un consenso mínimo en torno a lo que significa un hecho clínico psicoanalítico, para no referirnos a lo arduo de su comunicación (Tuckett, 1995).

En el Congreso de Copenhague de 1968 se pudo apreciar cierto malestar con respecto al concepto de “actuación” e, inclusive, los inicios de una reconsideración del mismo. Hay que destacar que fue discutido dentro de un marco conceptual relativamente independiente de lo pulsional. Laplanche y Pontalis (1967) habían señalado una ambigüedad intrínseca al concepto tal como fuera formulado por Freud y pusieron en la agenda de discusión las diferencias entre la actualización y el pasaje a la acción. Boesky (1982) se ha referido a la necesidad de distinguir claramente dos modalidades comunicativas que se alternan en la práctica clínica. Una se expresa como un reporte introspectivo del acaecer intrapsíquico a partir de las asociaciones libres y la otra discurre a través de la esfera de la acción.

A manera de ilustración, conviene detenerse en el interés que ha cobrado en los últimos años el término “enactment” (Panel, 1992; Ellman & Moskowitz, 1998). Parece que mediante él se intenta dar una respuesta a la complejidad de estos asuntos. La palabra, tomada en préstamo del habla común, no es aún un término aclimatado en las regiones de habla luso-hispana. Con ella se ha querido dar nombre a aspectos de la relación psicoanalítica que si bien pueden darse a través de la palabra, van más allá de ella. El concepto se afirma en el terreno de la intersubjetividad, se sitúa en el área de interacción entre analista y paciente y marca un tiempo del tratamiento en el que ambos sienten estarse influyendo recíprocamente. Además de ser un término sugerente, parece que lo extendido de su uso en la actualidad tiene que ver con que evita las connotaciones peyorativas asociadas al término “actuación” (*acting*).

En tanto que designa específicamente circunstancias de comportamientos compartidos, el término se utiliza particularmente cuando se enfocan los aspectos interactivos de la relación analí-

tica. En los escritos psicoanalíticos se lo usa como verbo intransitivo y se refiere específicamente a “actuar” en el sentido dramático. No se toma en cuenta el conjunto de acepciones correspondientes al verbo transitivo “enact” que vienen del campo de la jurisprudencia y se refieren al acto de promulgar, decretar o dar fuerza de ley. Estas acepciones implican un tipo particular de relación: aquella que pone de manifiesto la inevitable función del analista como representante de la ley. Estas parecen evitarse al privilegiar la acepción señalada.

El valor que se asigna a la experiencia lleva a indagar en su fenomenología. Ésta, como se puede ver en la más somera descripción del trauma psíquico, dista de ser simple. En los casos de síndrome de stress postraumático se ve reflejada la compleja estructura temporal que marca la relación de la psique con el evento traumático. La relación asimétrica entre la experiencia y la memoria y la gran disparidad entre sus componentes afectivo y cognoscitivo son evidentes de inmediato. El trauma ha sido caracterizado en virtud de las disyunciones que manifiesta. En su propia formulación se ven los trazos de una construcción que emerge como la narrativa de una experiencia retardada [*belated experience*] (Caruth, 1995, 1996; Hartmann, 1995). Es interesante preguntarse cuánto nos pueden enseñar estos casos sobre la estructura misma de la experiencia⁴.

De los muchos y difíciles asuntos que competen a la teoría de la cura, o si se prefiere, del cambio estructural, he de aludir brevemente a un par de ellos. El primero se refiere a aquellos aspectos del cambio que implican el trabajo del duelo: un modelo teórico circunscrito a los aspectos intrapsíquicos no da cuenta de los fenómenos observados clínicamente en una situación de duelo (Siggins, 1966). Los procesos implicados en el duelo requieren de la participación de un interlocutor que, a la vez, representa al objeto por el que se hace el duelo. El segundo punto tiene que ver con la comunicación por parte del analizando de las vicisitudes del cambio. Esto no es siempre fácil y puede darse el caso de que exista un desfase entre el cambio ocurrido, su elaboración y la posibilidad de comunicarlo. Esto abre un asunto de particular interés para quienes trabajamos en el idioma caste-

⁴ La irreductibilidad de la experiencia traumática subvierte la función estabilizadora de la narrativa en tanto que queda inscrita como hecho actual.

llano. Dos son las razones: la primera está dada por la muy compleja y embrollada oposición entre los verbos “ser” y “estar” y la segunda por la manera en que los llamados verbos de cambio apelan con frecuencia a la prefijación o a la perífrasis (Lorenzo, 1980).

No se puede terminar esta sección sin recordar que el verbo transitivo “comunicar” está compuesto de dos raíces latinas (cum+munis), que indican que al hacer a otro partícipe de lo que uno tiene se comparte el mismo orden del grupo de pertenencia y por lo tanto implica un reconocimiento. El síntoma, expresión del conflicto, no constituye una comunicación *per se*; por el contrario se puede decir que es un ejemplo de incomunicación. Solamente deviene en comunicación “cuando puede ser acogido en su dimensión simbólica por el sujeto, esto es como mensajero y como puente hacia una comunicación intrapsíquica” (Belfiore & Colli, 1998, pp. 5-6). Se podría decir que cuando el síntoma llega a ser comunicación, deja de ser síntoma. Pero, y esto hay que subrayarlo, tanto comunicación intrapsíquica cuanto interpersonal. El *setting* analítico es el ámbito facilitador de dicha comunicación. El paciente espera ser comprendido, pero esto puede interferir con la posibilidad de que entienda lo que le pasa.

IV

Las investigaciones de los neurolingüistas, los neurobiólogos y los científicos cognoscitivistas han levantado un buen número de interrogantes que exigen respuesta. Al mismo tiempo, una nueva ola de críticas al psicoanálisis, comparable a aquella que ocurrió en sus inicios, se muestra con fuerza. La existencia de la represión y de lo reprimido es puesta en entredicho, la dinámica del inconciente se tiene como algo inexplicable y los mecanismos de defensa son descritos como meras paradojas verbales. Y, paralelamente, en lo que parece que intenta ser una suerte de táctica defensiva, un supuesto refraseo neurofisiológico del psicoanálisis gana terreno, en olvido aparente de la posibilidad de que ello puede alterar profundamente la coherencia misma de la teoría a través del proceso de revisión.

La referencia hecha con respecto a las exageraciones asociadas con el “proyecto de fundamentación lingüística” del psicoa-

nálisis, no tienen por objeto despachar sin más los cuestionamientos teóricos o las reservas que una reflexión crítica sobre los puntos capitales de dicho proyecto pone en evidencia. Es indudable que hay sentidos que exceden lo que puede acotar la más exacta de las interpretaciones, innegable el trasfondo metafórico de todo discurso, incierta la presencia cuanto la ausencia de lo representado por la representación, e inevitable la diseminación de los efectos de significación producidos por el lenguaje (Derrida, 1967, 1997).

Lenguaje, afecto, comunicación. Los tres se amalgaman en la experiencia analítica. Ésta afecta profundamente las dimensiones del ser, del conocer y del vivenciar (Khan, 1969). A través de las asociaciones libres, el analizando no sólo describe un panorama interior o da cuenta de un contenido mental, busca comunicar su experiencia. Mediante la atención libre flotante el analista pone en práctica su disposición a compartir la experiencia del paciente. Esto —es innecesario decirlo— no implica confundirse con él. Si en el proceso psicoanalítico se ponen en juego tres pasiones fundamentales: amor, odio e ignorancia (Lacan, 1975), son los vínculos de amor (L), odio (H) y conocimiento (K), como sostiene Bion, los que intervienen en el conocimiento de la realidad psíquica y en la generación de significados: “El significado es función del amor, odio o conocimiento de uno mismo” [“Meaning is a function of self-love, self-hate or self-knowledge”] (Bion, 1965, p 73).

Pese a las dificultades ínsitas a la noción de experiencia, anclar nuestra práctica, tanto teórica cuanto clínica en la experiencia puede permitir una coincidencia en la reflexión sobre las condiciones generales en que se desenvuelve nuestra actividad cotidiana. Permítaseme recordar a Marion Milner. Para ella el análisis era, en esencia, un aprendizaje para aprender a vivir plenamente la experiencia (Learning how to experience to the full). Ahora bien, si, como señala Opatow (1989), una relación dialéctica vincula conciencia y experiencia, “debemos estar alertas, en primer lugar, para no identificar la experiencia con la conciencia o para no considerarla como el adjetivo de un sujeto”. (“We must be on guard, in the first place, against identifying experience with consciousness, or against considering experience as the adjective of a subject”) (Elliot, 1964, p. 16).

Hace una década, Wallerstein planteó una pregunta que aún

hoy no llegamos a responder: ¿se trata de un psicoanálisis o de varios? El valor y la especificidad del psicoanálisis se nutren del terreno en que hunde sus raíces: el *Zwischenreich*, ese terreno intermedio que la patología estrecha y angosta. Todos podemos concordar en que, en el tiempo y el espacio del encuadre, la talking cure tiene lugar en el espesor de una experiencia emocional compartida. En la interpretación se anudan la comprensión hermenéutica y la explicación científica, el cuestionamiento crítico y la intención terapéutica. Al inicio del artículo hice referencia a tres títulos posibles. Como se ha visto, no he asumido ninguno de los tres universos teóricos que ellos anunciaban. En mi opinión, aún quedan cabos sueltos por atar.

BIBLIOGRAFIA

- ALEXANDER, F. & FRENCH, T. (1946) *Psychoanalytic Therapy*. Nueva York, Ronald Press.
- ALVAREZ DE TOLEDO, L. (1954) "El análisis del 'asociar' del 'interpretar' y de 'las palabras'". *Revista de Psicoanálisis*, XI, 3: 267-313.
- AMATI-MEHLER, J. ET AL (1990) "The Babel of the Unconscious". *Int. J. Psycho-Anal*, 71: 569-583.
- ANZIEU, D. (1985) *Le moi-peau*. París, Dunod.
- ARLOW, J. A. (1977) "Affects and the Psychoanalytic Situation". *Int J. Psycho-Anal*, 58: 157-170.
- BALINT, M. (1937) "Early Development States of the Ego: Primary Object-Love". En: *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*. Londres, Hogarth, 1952.
- BARANGER, M.; BARANGER, W. Y MOM, J. M. (1988) "The infantile psyche trauma from us to Freud, pure trauma, retroactivity and reconstruction". *Int. J. Psycho-Anal*. 69: 113-138.
- BARANGER, W. Y BARANGER, M. (1969) *Problemas del campo psicoanalítico*. Buenos Aires, Kargieman.
- BELFIORE, M. & COLLI, L. M. (ED.) (1998) *Dall'esprimere al comunicare*. Boloña, Pitagora Editrice.
- BION, W. (1962) "A theory of thinking". En: *Second thoughts. Selected papers on Psychoanalysis*. Londres, Heinemann, 1967.
- (1965) *Transformations*. Londres, Heinemann.

- BOESKY, D. (1982) "Acting Out: A Reconsideration of the Concept". *Int. J. of Psycho-Anal.*, vol. 63, pp. 39-55.
- BOLLAS, C. (1989) *Forces of Destiny: Psychoanalysis and Human Idiom*. Londres, Free Association Press.
- (1992) *Psychoanalysis and Self Experience*. Nueva York, Hill & Wang.
- BOWLBY, J. (1973) "Separation. Anxiety and Anger". En: *Attachment and Loss*, vol. II. Londres, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.
- (1980) "Loss. Sadness and Depression". En: *Attachment and Loss*, vol. III. Londres, The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.
- CARRATELLI, T., LANZA, A. M. (Ed.) (1998) *Corpo-mente. Studi clinici sulla patologia psicosomatica in età evolutiva*. Roma, Borla.
- CARUTH, CATHY. (ed.) (1995) *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore, MD, y Londres, Johns Hopkins University Press.
- (1996) *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*. Baltimore, MD, y Londres, Johns Hopkins University Press.
- CHASSEGUET-SMIRGEL, J. (1988) "A women's attempt at a perverse solution and its failure". *Int. J. Psycho-Anal*, 69: 149-161.
- CHIOZZA, L. (1980) *Trama y figura del enfermar*. Buenos Aires, Paidós.
- DERRIDA, J. (1967) *L'écriture et la différence*. París, Editions du Seuil.
- (1997) *Resistencias del psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- ELLIOT, T. S. (1964) *Knowledge and Experience in the Philosophy of F. H. Bradley*. Londres, Faber and Faber.
- ELLMAN, S. J. & MOSKOWITZ, M. (Editors) (1998) *Enactment. Toward a New Approach to the Therapeutic Relationship*. Nueva Jersey, Jason Aronson Inc.
- FENICHEL, O. (1945) *The Psychoanalytic Theory of Neurosis*. Nueva York, W. W. Norton.
- FERENCZI, S. (1950) *Further Contributions to Theory and Technique*. Londres, Hogarth.
- FREUD, S. (1900) *The Interpretation of Dreams*. S.E. 4-5.
- (1905) *Three Essays on the Theory of Sexuality*. S.E. 7.
- (1908a) Creative writers and day-dreaming. S.E. 9.
- (1908b) Hysterical phantasies and their relation to bisexuality. S.E. 9.
- (1908c) Character and anal erotism. S.E. 9.
- (1909a) Some general remarks on hysterical attacks. S.E. 9.
- (1909b) Family romances. S.E. 9.

- (1910) The antithetical meaning of primal words. *S.E.* 11.
- (1912) Recommendations to physicians practising psycho-analysis. *S.E.* 12.
- (1913a) The claims of analysis to scientific interest. *S.E.* 13.
- (1913b) *Totem and Taboo*. *S.E.* 13.
- (1914a) Remembering, repeating and working-through. *S.E.* 12.
- (1914b) The Moses of Michelangelo. *S.E.* 13.
- (1915a) The unconscious. *S.E.* 14.
- (1915b) Instincts and their vicissitudes. *S.E.* 14.
- (1920) *Beyond the Pleasure Principle*, *S.E.* 18.
- (1925) Negation. *S.E.* 19.
- (1926) *Inhibitions, Symptoms and Anxiety*. *S.E.* 20.
- (1939[1934-38]) *Moses and Monotheism: Three Essays*. *S.E.* 23.
- GADDINI, E. (1980) "Note sul problema mente-corpo". En: E. Gaddini (1989) *Scritti*. Milán, Raffaello Cortina Editore.
- GADDINI, E. & R. DE BENEDETTI GADDINI (1984) "La frustrazione come fattore della crescita normale e patologica". En: E. Gaddini (1989) *Scritti*. Milán, Raffaello Cortina Editore.
- GIANNAKOULAS, A. (1991) "Holding dello spazio affettivo". En: Hautmann, G. & A. Vergine (Editores) *Gli affetti nella psicoanalisi*.
- GINZBURG, C. (1998) *Occhiacci di legno: Nove Riflessioni sulla distanza*. Milán, Feltrinelli.
- GREEN, A. (1970) "L'Affect". *Rev. Franç. Psychanal.* 34, 883-1141.
- (1973) *Le Discours Vivant: La Conception Psychanalytique de l'Affect*. París, Presses Universitaires de France.
- (1977) "Conception of Affect". *Int. J. Psycho-Anal.* 58: 129-156.
- (1993) *Travail du négativ*. París, Minuit.
- HARTMANN, GEOFFREY. "On Traumatic Knowledge and Literary Studies". *New Literary History* 26 (1995): 537-563.
- HEIMANN, P. (1950) "On counter-transference". *Int. J. Psycho-Anal.* 31: 81-84.
- (1988) *About Children and Children-No-Longer*, edited by Margaret Tonnesmann. Londres, Hogarth.
- HERNÁNDEZ, M. (1993) *Memoria del bien perdido: Conflicto, Identidad y Nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Lima, IEP/BPP.
- HERTZ, N. (1997) Foreword to *Freud, Writings on Art and Literature*. Hertz, (Editor) Stanford CA., Stanford University Press.
- HINSHELWOOD, B. (1996) "The elusive concept of internal objects (1934-43): its role in the foundation of the Kleinian group". *The Bulletin of the British Psycho-analytical Society*, Jan.: 17-32

- HOME, H. J. (1966) "The Concept of Mind". *Int. J. Psycho-Anal.* 47: 42-49.
- JOFFE, W. G. & J. SANDLER (1968) "Comments on the psychoanalytic psychology of adaptation with special reference to the role of affects and the representational world". *Int. J. Psycho-Anal.* 49: 445-454.
- KHAN, M. M. R. (1969) "Vicissitudes of being, knowing and experiencing in the therapeutic situation". En: *The Privacy of the Self*. Londres, Hogarth, 1974.
- KING, P. (1978) "Affective response of the analyst to the patient's communications". *Int. J. Psycho-Anal.*, 59: 329-334.
- KING, P. & R. STEINER (Editores) (1991) *The Freud-Klein Controversies, 1941-45*. Londres, Routledge.
- KLEIN, M. (1935) "A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States" En: *M. Klein Love, Guilt and Reparation and other works*. Londres, Hogarth.
- (1946) "Notes on some Schizoid Mechanisms". En: *M. Klein, Envy and Gratitude and other works*. Londres, Hogarth.
- KOHUT, H. (1959) "Introspection, Empathy and Psychoanalysis: An Examination of the Relationship Between Mode of Observation and Theory". *JAPA*, 7:459-483.
- KRISTEVA, J. (1980) *Desire in Language: A Semiotic approach to Literature and Art*. Ed. Leon S. Roudiez. Nueva York, Columbia University Press.
- LACAN, J. (1966) *Ecrits*. París, Editions du Seuil.
- (1975) *Les écrits techniques de Freud*. París, Editions du Seuil.
- LANDAUER, K. (1938) "Affects, Passions and Temperament". *Int. J. Psychoanal.*, 19: 388-415.
- LAUB, D. & N.C. AUERHAHN (1993) "Knowing and not knowing: Forms of traumatic memory". *Int. J. Psycho-Anal.* 74: 287-302.
- LAPLANCHE, J. (1989) *New Foundations for Psychoanalysis*. Londres, Basil Blackwell.
- LAPLANCHE, J. & J. PONTALIS (1967) *Vocabulaire de la psychanalyse*. París, Presses Universitaires de France.
- LEBOVICI, S. (1981) *El conocimiento del niño a través del Psicoanálisis*. México. Fondo de Cultura Económica.
- LIBERMAN, D. (1962) *La comunicación terapéutica psicoanalítica*. Buenos Aires, (2° ed 1966)
- (1970-72) *Linguística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Buenos Aires, Galerna.
- LICHTENBERG, J. (1983) *Psychoanalysis and Infant Research*. Nueva

- Jersey, The Analytic Press.
- LIMENTANI, A. (1977) "Affects and the Psychoanalytic Situation". *Int J. Psycho-Anal*, 58: 171-182
- LORENZER, A. (1970) *Crítica del concepto psicoanalítico de símbolo*. Buenos Aires, Amorrortu Ed. 1976.
- LORENZO, E. (1980) *El español y otras lenguas*. Madrid, Sociedad General Española de Librería.
- MAHONY, P. (1989) *On Defining Freud's Discourse*. New Haven, Yale University Press.
- MARIN, L. (1986) *La parole mangée et autres essais théologico-politiques*. París, Méridiens Klincksieck.
- MARINA, J. A. (1997) *El laberinto sentimental*. Barcelona, Anagrama.
- MASSON, J. M. (Ed.) (1985) *The Complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess, 1887-1904*. Cambridge y Londres, Harvard University Press.
- MILNER, M. (1952) "The role of illusion in symbol formation"
- (1955) "The Communication of Primary Sensual Experience". En: *The Suppressed Madness of Sane Men*. Londres, Tavistock Publications, 1987
- MITCHELL, S. A. (1988) *Relational Concepts in Psychoanalysis: An Integration*. Cambridge, MA, Harvard University Press
- MOXEY, K. (1994) *The Practice of Theory*. Itaca y Londres, Cornell University Press.
- NUNBERG, H. (1927) "The Sense of Guilt and the Need for Punishment". *Int. J. Psycho-Anal.*, 7: 420-433.
- OGDEN, T. (1989) *The Primitive Edge of Experience*. Hillsdale, Nueva Jersey, Jason Aronson.
- OPATOW, B. (1989) "Drive theory and the metapsychology of experience". *Int. J. Psycho-Anal.*, 70: 645-660.
- PADEL, J. H. (1988) "Do literary criticism and psycho-analysis need each other?". *The British Psycho-Analytical Society Bulletin*, 24:23.
- Panel (1992) "Enactments in psychoanalysis". M. Johan, reporter. *JAPA*, 40: 827-841.
- PÉREZ FOSTER, M. (1996) "The bilingual Self". *Psychoanalytic Dialogue*.
- RACKER, H. (1960) *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Buenos Aires, Paidós.
- RICKMAN, J. (1929) "On quotations". *Int. J. Psycho-Anal*, 10: 242-248.
- RICOEUR, P. (1970) *Freud and Philosophy: An Essay on Interpretation*. New Haven, Yale University Press.
- RYCROFT, C. (1956) "The nature and function of the analyst's

- communication to the patient". *Int. J. Psycho-Anal*, 37: 469-472.
- ROSOLATO, G. (1978) "La voix: entre corps et langage". En: *La relation d'inconnue*, París, Éditions Gallimard.
- SANDLER, J. (1976) "Countertransference and Role Responsiveness". *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 3: 43-47.
- SCHAFER, R. (1976) *A new Language for Psychoanalysis*. New Haven, Yale Univ. Press.
- SHARPE, E. F. (1940) "Psychophysical problems revealed in language: An examination of metaphor". *Int. J. Psycho-Anal*. 21:
- SCHWARTZ, A. (1996) "The colors of prose: Rilke's Program of Sachliches Sagen". *The Germanic Review*, PP. 195-210
- SEMPRÚN, J. (1997) *La escritura o la vida*. Barcelona, Tusquets.
- SIFNEOS, P. E. (1967) "Clinical observations on some patients suffering from a variety of psychosomatic diseases". En: *Proceedings of the Seventh European Conference of Psychosomatic Research*, Roma, Acta Med. Psychosom. 1
- SIGGINS, L. D. (1966) "Mourning: a critical survey of the literature". *Int. J. Psycho-Anal.*, 47: 14-25
- SOLMS, M. (1997) "What is consciousness?" *JAPA*, 45: 681-703.
- SPENCE, D. (1982) *Narrative Truth and Historical Truth: Meaning and Interpretation in Psychoanalysis*. Nueva York, Norton.
- SPILLIUS, E. (1988) (Ed) *Melanie Klein Today* (two vols). Londres, Routledge.
- STEINER, J. (1993) *Psychic Retreats*. London, New Library of psychoanalysis.
- STEINER, R. (1989) Comunicación personal.
- STERN, D. (1985) *The Interpersonal World of the Infant*. Nueva York, Basic Books.
- TUCKETT, D. (1995) "The Conceptualisation and Communication of Clinical Facts in Psychoanalysis". *Int. J. Psycho-Anal.*, 76: 653-662
- VERGINE, A. (1991) "Riflessioni generali sul tema del Congresso". En: *Gli affetti nella Psicoanalisi*, Ed. G. Hautmann e A. Vergine. Roma, Borla.
- WINNICOTT, D. W. (1949) "Mind and its Relation to the Psyche-Soma". En: *Collected papers: Through Paediatric to Psycho-Analysis*. Londres, Tavistock Publications, 1958.
- (1956) "Primary maternal preoccupation". *Ibid*.
- (1964) "Psycho-somatic Illness in its positive and negative aspects". En: C. Winnicott, R. Shepherd y M. Davis (Editores) *Psycho-Analytic Explorations*. Londres, Karnac Books, 1989.

MAX HERNANDEZ

- Yorke, C. (1991) "Conflict and Compromise, The Freud-Klein Controversies". *Bulln. Anna Freud Centre*.
- Zilboorg, G. (1959) Introduction "Beyond the Pleasure Principle". New York, Norton.

Descriptores: Afectos. Comunicación verbal. Empatía. Lenguaje.

Max Hernández
Porta 725
Lima 18
Perú